

## **C**aracterísticas del Mercado Laboral Argentino en la década de los noventa y principios de los años 2000

*Por Graciela Mingo de Bevilacqua*

### **Definiciones Básicas del Mercado de Trabajo**

Cuando nos referimos al mercado de trabajo, las definiciones conceptuales con que se trabaja son las siguientes de acuerdo a los relevamientos efectuados a través de la **Encuesta Permanente de Hogares (EPH)** y que a continuación transcribimos.

**Población económicamente activa (PEA):** la integran las personas que tienen ocupación, o que sin tenerla, la están buscando activamente; está compuesta por la población ocupada más la desocupada.

**Población desocupada:** se refiere a personas que, no teniendo ocupación, buscan trabajo activamente. Corresponde a la desocupación abierta, por lo tanto no incluye otras formas de precariedad laboral (también relevadas por la EPH) tales como las personas que realizan trabajos transitorios mientras buscan activamente una ocupación, las que involuntariamente trabajan jornadas por debajo de lo normal, las que han suspendido la búsqueda de trabajo por falta de oportunidades visibles de empleo, las ocupadas en puestos por debajo de su calificación o de la remuneración vital mínima, etc.

**Población subocupada demandante:** comprende a los ocupados que trabajan menos de 35 horas semanales por causas

involuntarias, desean trabajar más horas y buscan activamente otra ocupación.

**Población subocupada no demandante:** comprende a los ocupados que trabajan menos de 35 horas semanales por causas involuntarias, desean trabajar más horas y no buscan activamente otra ocupación.

**Tasa de actividad:** se calcula como porcentaje de la PEA con relación a la población total.

**Tasa de empleo:** se calcula como porcentaje de la población ocupada con relación a la población total.

**Tasas de desocupación y subocupación demandante y no demandante:** se calculan como porcentajes de la sub-población respectiva con relación a la PEA.

La crisis del mercado laboral en Argentina se puede ubicar con características propias a fines de los años setenta y más nítidamente en los ochenta, lo que significó una caída del salario, comienzo de la desindustrialización, la tercerización de las ocupaciones y la disminución del empleo en establecimientos grandes; por el contrario creció el empleo en la pequeña empresa y en la microempresa, aunque de manera informal.

Como lo plantea Beccaria (Beccaria, 1996) aparecieron nuevas formas en las relaciones laborales: el empleo precario, la informalidad y las “ocupaciones de refugio”, como estrategia de vida de los actores sociales involucrados en este nuevo dilema laboral. Al decir estrategias nos referimos a los activos que intentan incorporarse como pueden en el mercado de trabajo y los empresarios al responder desde proyectos pequeños crecen con propuestas en la incertidumbre de los vaivenes de la economía.

No olvidemos que la inserción de las personas en el mercado de trabajo constituye la base de la cual se derivan sus condiciones materiales y sociales de vida, y se expresa según la modalidad que está asociada a las formas más o menos formal o precaria con que se realizan los acuerdos laborales entre los actores sociales.

En la Argentina se asiste al igual que en otras sociedades a la desestabilización de la sociedad salarial, tomando las expresiones del sociólogo Robert Castel (Castel, 1999) “se observa su degradación”. Por el contrario “la sociedad salarial significó principalmente una condición de trabajo estable, otorgando una especie de umbral en el que se articula el trabajo y protección, trabajo y seguridad relativa”.

De acuerdo a los **indicadores clásicos de medición del mercado de trabajo**, fue la subocupación lo que creció en la Argentina principalmente en la década del ochenta, constituida por ocupaciones de productividad e ingresos bajos, carentes de protección y estabilidad, lo que lleva a consolidar los rasgos típicos de la precariedad laboral y a incorporar como una arista al trabajo no registrado.

La década de los noventa comienza con un proceso de estabilización económica con signos de crecimiento en los primeros años, o sea

que en los primeros momentos de la convertibilidad se observó, junto con la expansión de la producción, un aumento significativo de la ocupación. “El PBI creció un 23%, se incrementó el empleo en un 4% y la pobreza disminuyó del 25% al 17%” (Carpio y Novacovsky, 1999, p. 383)

Es así que por ley se puso en marcha la convertibilidad y se estableció en enero de 1991 una paridad fija entre el peso y el dólar (un peso: un dólar), tratando de frenar la inflación. El plan tenía entre sus objetivos reducir la inflación e inducir a un crecimiento de la economía. La ley establecía entre sus articulados la convertibilidad de todo circulante y la prohibición de emitir dinero sin el correspondiente respaldo de activos externos.

De acuerdo a las tendencias registradas hasta 1993, junto con la expansión de la producción, nos encontramos con un aumento en los niveles de ocupación, fruto de los primeros signos que produjo la convertibilidad, augurando una perspectiva positiva. Es así como lo expresa el economista Beccaria (Beccaria, 1996) *“esto llevó a que desde las esferas oficiales (aunque no solo desde ellas) se avizorase que la Argentina podría atravesar la reconversión sin un empeoramiento de mercado de los niveles de empleo. Por el contrario, se argumentaba que sería posible absorber paulatinamente no solo el crecimiento de la oferta sino también parte de la subocupación preexistente”*

En el contexto de la globalización y apertura de la economía argentina con el avance del tiempo en la misma década, en nombre de la eficiencia surgen la transformación de las tecnologías productivas y de gestión, lo que dejó reflejadas otras consecuencias poco propicias dentro del mercado laboral a través de una agudización en la segmentación existente entre trabajo calificado y no calificado, una creciente precarización de las condiciones de trabajo, y un alto desempleo; fenómenos todos que tienen un efecto significativo sobre el fracaso laboral de los grupos de población joven en la región.

Comienza en el escenario social uno de los más críticos flagelos, que pasa a formar parte del malestar social: la desocupación abierta, que en la Argentina tuvo su máxima expresión en mayo de 1995 cuando la tasa de desempleo trepó al 18,8%; a lo que se agrega la destrucción de puestos de trabajo con una variación significativa y decreciente del pleno empleo junto con la crisis del “efecto tequila” que llevo a la fuga de capitales golondrina.

La nueva articulación del sistema comienza a mostrar sus debilidades y comienzan a cesar las entradas de capitales, fuente principal del crecimiento de la economía argentina, lo que produjo un quiebre en la tendencia creciente de la actividad económica iniciada tres años antes. Se pone al descubierto la dependencia de la inversión especulativa externa, que se manifiesta con toda su crudeza, y no sólo hace temblar el sistema financiero, sino que llega a generar una tasa de desocupación del 18% La explicación yace en que frente a las nuevas condiciones del mercado internacional de capitales, se redujeron la oferta de créditos y se elevaron

las tasas de interés, induciendo una caída en el nivel de actividad doméstica.

Cabe aclarar que la Argentina fue el único país latinoamericano en el que impactó la crisis mexicana de fines de 1994 y 1995. Ahora bien, es a partir de este momento que la desocupación se transforma en un fenómeno desestructurante en la realidad social, hecho que se inscribe como parte de la nueva regularidad de funcionamiento del sistema económico-social, cuya implicancia directa genera mayor pobreza y está ligada a la profundización de la brecha social y el surgimiento de los fenómenos de vulnerabilidad y exclusión social de nuevos sectores sociales.

La crisis financiera internacional, que se observó primeramente durante 1995, agravó la desaceleración de la actividad, pero no es la causa de los problemas de empleo experimentados en nuestra realidad de la economía argentina, este sumó sus efectos al fenómeno de la desestructuración de la “sociedad asalariada”.

Si bien los problemas de integración al mercado laboral no son nuevos, se vieron agravados, como dice Beccaria (1996, p. 9) “... con los niveles de desocupación alcanzados..., el deterioro de la situación de quienes trabajan, el impacto en la calidad de vida de las personas y las dificultades que se enfrentan para crear nuevos puestos justifican la relevancia del problema”.

Este no fue el único problema en la época, se pudieron observar dentro del mercado laboral otras características estrechamente relacionadas con la desocupación como fue a su vez el deterioro de la situación laboral de quienes tenían trabajo, lo que se expresa en menos horas trabajadas, cobrando una especial importancia la subocupación, situación que no había adquirido relevancia a fines de los ochenta y es parte de los indicios que marcan la precariedad en el empleo.

Es el momento donde surge la necesidad de buscar mecanismos para frenar este fenómeno estructural destructivo para la sociedad civil en su conjunto. Además el “pico” de la desocupación le otorgó centralidad a la cuestión del empleo en el debate público; el estado no podía estar ajeno. A nivel macro económico se adiciona la merma en la expansión del PBI y la recesión económica como el efecto más sentido, que cayó no sólo sobre el desempleo sino también sobre la tasa de subocupación junto a la destrucción de muchas empresas que no podían competir ante la importación de productos llegados del exterior.

A partir de 1997 el desempleo comienza a disminuir levemente con una pequeña recuperación de la economía nacional en términos globales, aunque en el interior del país las realidades de las capitales de las provincias exhiben procesos dispares, que agravan el contexto del mercado laboral.

Algunos aglomerados aumentan la tasa de desocupación; con cifras que se ubican entre un 15 % y un 17% encontramos a Gran Córdoba, Santa Fe-Santo Tomé y San Salvador de Jujuy en el año 1997; continúa Jujuy en 1998 y aumentan Gran Tucumán-Taí Viejo, para agregarse con

valores más altos en 1999 nuevamente Gran Tucumán-Tafí Viejo, además de Santiago del Estero-La Banda (según fuentes del INDEC).

Si se considera la tasa de actividad, en los aglomerados del interior, esta aumenta a un nivel que supera el 3% promedio. Junto con el crecimiento de la tasa de desempleo son los elementos que permiten indicar el deterioro y los graves problemas que viven y han vivido las provincias del interior del país, ante el modelo económico vigente con neto corte neoliberal.

Entre los argumentos que han utilizado para explicar el desequilibrio del mercado de trabajo se puede mencionar el aumento de la tasa de actividad, asociada por un lado a la incorporación de la mujer en la vida económica como una de las estrategias familiares, entendiendo que con el acceso de un ingreso secundario se ayuda a la subsistencia del hogar, o siendo en muchos casos el ingreso principal por la desocupación del jefe del hogar. Por otro lado, el factor dinámico que se incorpora al incremento de la tasa es la búsqueda de un trabajo por parte de la población joven.

Todo este panorama conforma los antecedentes que han desencadenado la crisis del empleo en nuestro país. Trabajar sólo desde allí, con indicadores básicos del mercado de trabajo no ha servido para dar respuesta a la heterogénea masa de demandantes de empleo.

### **La fisura de lo social se agudiza con la desocupación**

El proceso de deterioro mostró situaciones más alarmantes, ante la fuerte contracción de la economía a fines de 2001, producto de la recesión, esto incidió negativamente en el mercado laboral. La tasa de desocupación comienza a trepar pasando del 16% al 18% entre mayo y octubre del 2001, para alcanzar otro pico del 21,5% en mayo de 2002, siendo los valores del desempleo más altos registrados históricamente en nuestro país. En este momento se superan los valores de la desocupación de la década anterior mostrando el malestar más profundo de la realidad argentina.

Nuevamente las estadísticas del mercado laboral golpean en nuestros oídos confirmando lo que ya veníamos sintiendo, percibiendo y sufriendo con mucho estupor y nos ratifica la profundización de la exclusión social.

Sin duda, para la Argentina, con una tasa de desocupación del 18,3% en octubre del 2001 y luego superando el 22%, son valores que se suman a la gran desesperanza en la aguda retracción económica, que se siguió fisurando más ante las medidas económicas impulsadas por el gobierno nacional de entonces, en los primeros días de diciembre, que retrajeron la capacidad de consumo de la población y llevaron a nuevas pérdidas de puestos de trabajo.

Estos valores de la desocupación, cuando los articulamos con la tasa de empleo cuyo guarismo sólo alcanza al 32,7% a nivel de lo global, nos

posibilitan inferir que no se han generado nuevos puestos de trabajo, sino que por el contrario se han perdido muchos y en todos los sectores de la actividad económica, ejemplo de esto es el “párate” en la construcción síntoma del desaliento a pensar en propuesta de futuro.

Al igual que otros estudios diremos que la falta de empleo debilita a nivel individual tanto la integración social como la estabilidad psicológica, mostrando una asociación inversa entre el desempleo y el bienestar personal medido en términos de depresión, ansiedad y autoestima.<sup>1</sup>

Durante la crisis argentina de los años 2001/02 el mercado a su vez respondió con un funcionamiento razonable para él y no para los asalariados, ya que este cayó abruptamente al caer el PBI y por un esfuerzo de mejorar parte del dolor del colapso económico surgieron los programas sociales implementados desde el Ministerio de Trabajo como fueron y son los Planes Jefes y Jefas de Hogar desocupados, creando el mayor beneficio de desempleo en la historia argentina.

Dirá Freeman (2003): “Durante la crisis argentina, el mercado respondió con un funcionamiento razonable ....y el gobierno argentino ante el shock del desastre económico y la pérdida de credibilidad conservó sus instituciones democráticas y comenzó a recuperar la estabilidad social”.

Mas allá de esto que intenta evaluar el mercado flexible y las instituciones argentinas es evidente que la crisis del empleo en la Argentina resulta un fenómeno cuyas razones no pueden reducirse a los cambios tecnológicos, o que el gobierno debe frenar la violencia social con planes sociales, ni adjudicarla a las crisis exógenas; ni tampoco imputarse a las transformaciones estructurales más reciente. Mas bien es un problema complejo, de fundamento histórico, cuya matriz fundamental reside en la debilidad estructural de la capacidad de crecimiento económico y en una distorsionada distribución del ingreso, todo lo cual parece haber estado fuertemente asociado con la incapacidad política por parte de los grupos gobernantes en el Estado y de los sectores dominantes del capital para plantear un sendero estratégico de desarrollo económico y social pensado en la reactivación de los sectores más dinámicos de la economía regional.

A partir de la política de la posconvertibilidad comienza un proceso de reactivación económica, con un cambio en la estructura económica. A nivel monetario se dejó sin efecto la paridad cambiaria y se optó por un cambio alto de la moneda en relación al dólar, lo que ha repercutido como una forma de protección de los productos nacionales que comienzan a producirse en el país. En un primer momento fueron los productos primarios quienes mejoraron en sus exportaciones y hoy es posible diferenciar un panorama positivo en el mercado de trabajo, comienza a descender la desocupación, cuya tasa se ubica en el tercer trimestre del 2006 en un 10,2%. Esta retracción de 10 puntos alcanza valores significativos cuando en los inicios del año 2003 la misma era del 20,4% en los aglomerados urbanos.

En el plano concreto de la realidad social la tendencia a la baja de la desocupación expresa su cara alentadora al surgir nuevos empleos con

una tasa del 41,6% en áreas fundamentales de la economía como son la construcción, los servicios inmobiliarios, la industria manufacturera, el comercio y hotelería y restaurantes.

Esta disipación del desempleo logra un mejor equilibrio en las relaciones de fuerzas pero no deja un panorama totalmente óptimo, quedan asignaturas pendientes en las propias reglas del mercado de trabajo que se deben ir puliendo como son las formas de contratación indirecta, el trabajo en negro (principalmente en los empleos que logran los jóvenes), el tránsito de los planes jefes y jefas de hogar a trabajos precarios por no ser personal calificado, mientras que en algunos sectores todavía están los prejuicios del género.

## NOTAS

Salvia Agustín. Un estudio concluyente en este sentido es el de Donovan, A., Oddy, M., Pardoe, R. y Ades, A. (1985). También se pueden consultar el clásico estudio de Eisenberg y Lazarsfeld (1938), así como Jahoda M. (1987).

## BIBLIOGRAFÍA

- Beccaria y López: **Sin trabajo**. Buenos Aires, Losada 1996.  
Carpio y Novacovsky: **De igual a igual**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.  
Castel, Robert: **La metamorfosis de la cuestión social**. Buenos Aires, Eudeba, 1992.  
Freeman, R.: “Respuesta a la crisis económica”, en Revista de Estudio del Trabajo n° 25, Buenos Aires, 2003, primer semestre.  
Ministerio de trabajo y seguridad social: Plan jefe y jefa de hogar, 2002. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): Argentina después de la crisis. Un tiempo de oportunidades, Buenos Aires, 2005.  
Salvia Agustín: en [http://laboratorio.fson.uba.ar/textos/19\\_6.htm](http://laboratorio.fson.uba.ar/textos/19_6.htm)  
[www.indec.mecon.gov.ar](http://www.indec.mecon.gov.ar): Series históricas de la encuesta permanente de hogares (EPH). Aspectos metodológicos de la EPH.

## **SOBRE LA AUTORA**

Graciela Laura Mingo de Bevilaqua es Licenciada en Ciencia Política y Master en Metodología de la Investigación Científica. Docente e Investigadora de las Facultades de Trabajo Social y de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Entre Ríos y de la Facultad de Ciencias de la Gestión de la Universidad Autónoma de Entre Ríos.